
Ricardo Lander

Explorador Del Río Níger

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8942

Título: Ricardo Lander

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Crónica, Artículo

Editor: Brian

Fecha de creación: 13 de julio de 2026

Fecha de modificación: 13 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Ricardo Lander

El caudal de aguas del río Níger, muy superior al del Nilo, concede a aquél el segundo lugar entre los grandes ríos de África. La línea singularísima de su curso ha engañado hasta hace apenas cien años a los exploradores, al punto de que en 1830 se creía que el bajo Níger y el bajo Congo constituían una sola corriente de agua.

El gran Clapperton emprendió en 1823 una expedición que iniciándose con la muerte de sus dos compañeros a los 18 días de exploración; vióse interrumpida por la suya propia dos años después, en el seno de la selva africana. El sirviente de Clapperton, Ricardo Lander, se encontró así al frente de una expedición sumida en el desastre.

Este Lander era un modesto tipógrafo de vida tranquila y sedentaria. Impulsado no se sabe por qué, ofrece sus servicios como criado a Clapperton, quien lo lleva consigo en su segunda exploración. Ya conocemos su fin. Tras infinitas penurias, Lander logra arrastrar hasta la costa los restos de la expedición, pudiéndose esperar, por los tormentos sufridos, que el ex tipógrafo y criado pasaría inmóvil y entre recuerdos de horror, el resto de sus días.

No hay tal. Vuelve al África, se interna, y se lanza en una piragua sobre las aguas del Níger a explorarlo hasta su desembocadura.

No tienen fin las demoras y quebrantos de este viaje, por el país más insalubre que conozcan los europeos. Todos los reyes y reyezuelos de las comarcas por que corre el Níger parecían haberse pasado la voz para detener, interrogar, robar, aherrojar y torturar a Lander y sus compañeros de expedición.

En el transcurso de su descenso por el Níger, caían en mano tras mano de los reyezuelos, quienes después de haberles entregado por fin una piragua, se la roban durante la noche, o les cedían la piragua, pero les ocultaban los remos. Como objeto de tráfico, más indispensable que el pan

mismo en esa región, no quedaba a la expedición sino una colección de “agujas extrafinas y garantidas para no cortar el hilo”, Lander vióse obligado a bailar en compañía de un rey de cien años de edad, que rengo y con muleta, danzaba con el furor de la juventud. Perdió sucesivamente todos los tesoros de observación adquiridos, hasta llegar por fin al ansiado delta de Níger, —pero convertidos él y todos sus compañeros en esclavos, para ser vendidos en el mercado negrero de la costa.

Las pruebas físicas y morales de un hombre tienen un término: en ese instante se hallaba fondeado ante la boca del Níger un navío inglés, El propietario de la trailla de esclavos consintió en permutar a Lander por las baratijas de tráfico que representaban 40 negros, más un barril de ron.

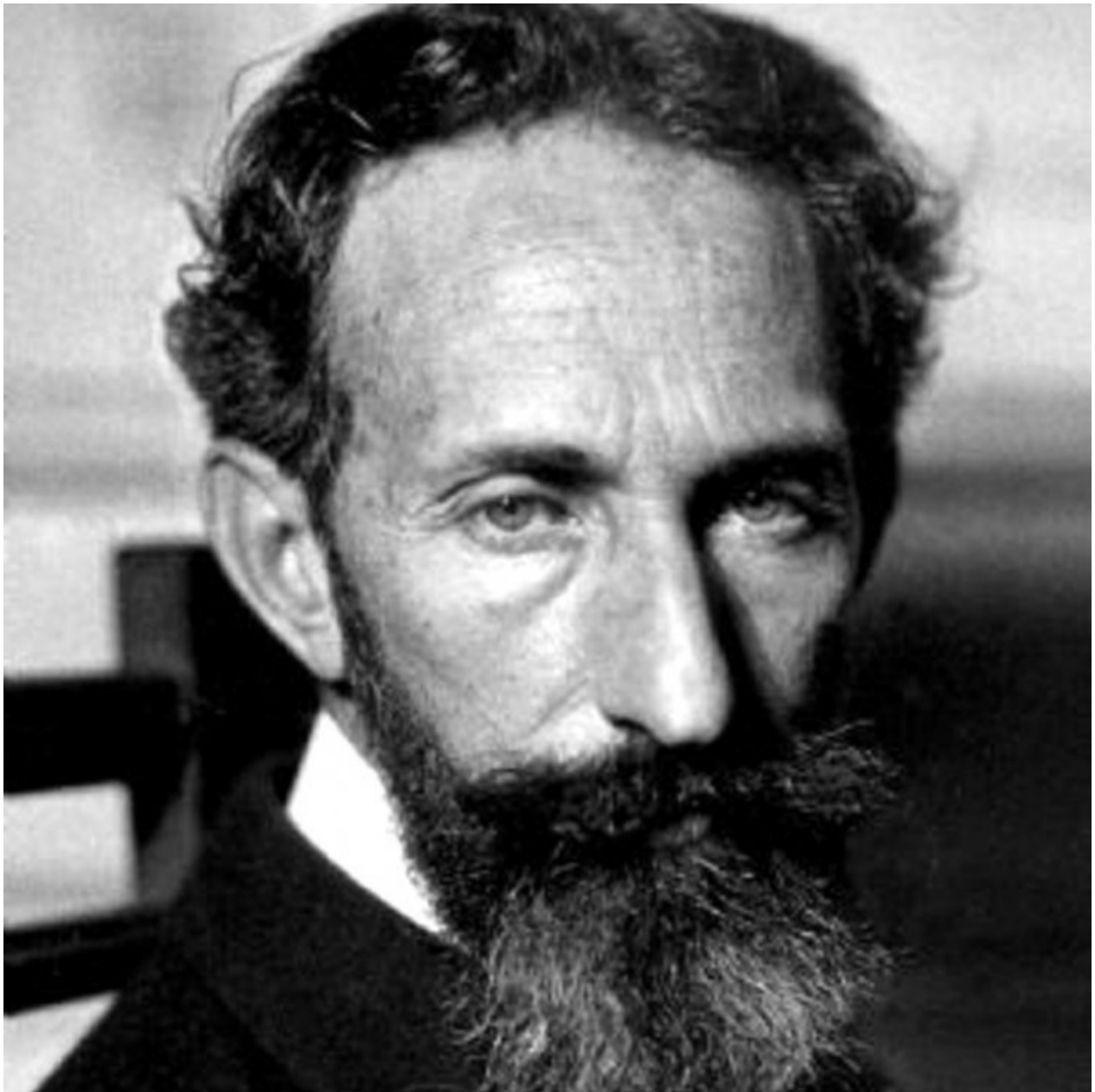
Llorando de miseria y de felicidad, Lander fue transportado al bergantín inglés. Lo que quedaba a Lander de europeo y de aspecto humano, salvo el esqueleto, fácil es imaginarlo. El capitán se niega rotundamente a rescatar esa piltrafa humana. Ante los papeles del Almirantazgo que exhibe Lander, el otro explota:

—¡Robados! ¡Si usted cree que está hablando con un loco o un imbécil, se equivoca! No daré ni un penique, ¿me oye?, por usted.

Lander insiste, ruega, besa la mano del compatriota. Este responde con insultos, y se dispone a zarpar. Lander es llevado de nuevo a tierra de África; y la intensidad de sus sentimientos, no es esta vez fácil de medir.

Concluyamos. Ante el cálculo de que los compañeros de Lander podrían reemplazar en parte a su tripulación extenuada por las fiebres, el marino se decide al fin a trocar su barril de ron por la gloria del gran explorador del río Níger.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)